



Galería de papel. *Viejas notas, viejos recuerdos.* Luis Moros (2016)

Cincuenta años de la Cinemateca Nacional, la memoria desapercibida

Este 2016, la Fundación Cinemateca Nacional de Venezuela cumplió cincuenta años. Fue fundada el 4 de mayo de 1966 por Margot Benacerraf, con la intención de que las películas venezolanas permanecieran resguardadas, protegiendo el acervo audiovisual de los clásicos y material documental sin precedente.

JESÚS ABREU

Hablar de esa obra era inevitable. Como hablar de las imágenes de Araya, esas que muestran sal, agua, trabajo, sol, y que fluyen con un ritmo testimonial y documental único. O hablar de Reverón y de las noches que pasó en el Castillete, cámara en mano, para captar algo de esa luz. Hablar de la Cinemateca era ineludible, porque estaba frente a Margot Benacerraf.

En 1965 Benacerraf se encontraba en París, aún con el revuelo que había causado *Araya* en Cannes, Berlín y en otros rincones de gran importancia para la cinematografía del mundo. En medio de lo que significaba ese fragor cultural, Benacerraf recibió la solicitud de Miguel Otero Silva y de Mariano Picón Salas, que estaban al frente del incipiente Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes (Inciba), y la premisa de ambos era simple: que Benacerraf regresara al país y se uniera a esa nueva travesía de la cultura nacional. Ella lo aceptó.

“Yo tenía la dirección general y por supuesto lo primero que hice fue fundar la Cinemateca, en

1965, contra viento y marea”, rememoró Benacerraf en una entrevista concedida hace un par de años.

En 1966 la Cinemateca inició sus actividades erigida como un templo para apreciar historias, imágenes, secuencias, planos, cine. Benacerraf quiso que fuera Akira Kurosawa quien dirigiera la primera lección en la Cinemateca Nacional y por eso los planos de *Barbarroja* (1965), filme del riguroso Kurosawa, fueron las primeras imágenes que se vieron en la sala de la Cinemateca en Bellas Artes.

“Nadie sabía lo que era una Cinemateca, recuerdo que los muchachos del Ateneo decían *Cinemanteca*. Primero empezaron a ir tres personas al museo y luego más y más. Tuvimos invitados especiales, como Glauber Rocha, vino Roberto Rosellini, eso fue algo increíble; la gente no estaba preparada para eso, no entendían la importancia de traer a unas personas como esas, y la primera noche de la fundación de la Cinemateca yo anuncié que íbamos a fundarla con la proyección de una película de uno de los

más grandes cineastas como Kurosawa, pero la Cinemateca era esencialmente latinoamericana”, recordaría Benacerraf.

Pasarían los años y las décadas, y la Cinemateca se mantendría como la dimensión necesaria que invitaba a quienes se interesaban por el arte cinematográfico, no solo latinoamericano, sino universal. Pero si los inicios de la Cinemateca fueron el comienzo de una sacralización del oficio del cine y su apreciación, su posterior etapa sería para desacralizarla, y todo por el buen cine; es el periodo de Rodolfo Izaguirre al frente de la institución en las décadas de los sesenta y setenta.

“Nadie respeta a una rumbera en una Cinemateca, solo aquí, con un tipo loco como Rodolfo

Izaguirre”, recordaría el propio Izaguirre.

Rememora claramente dos ciclos icónicos durante su gestión al frente de la institución: un ciclo de Tarzán y otro acerca de las rumberas del cine mexicano. Luego de contemplar negarse a asumir la dirección de la institución—una solicitud de Simón Alberto Consalvi— y de solo imaginar los problemas burocráticos que un cargo como ese podía implicar, Izaguirre aceptó. Comenzaría así la desacralización de la Cinemateca, enseñar a ver buen cine de manera holística, sin saber que se está viendo buen cine; pedagogía pura, como él mismo lo diría.

“Ninguna Cinemateca que se respete en el mundo pasa películas de Johnny Weissmüller de Tarzán, pues yo lo hice: ciclo de cine colonialista, que inventé porque Tarzán es un agente colonial que protegía a unos europeos que iban a robarse el marfil. La gente iba a ver a Tarzán y se llenaba la Cinemateca. Era la época en que los militares argentinos y uruguayos estaban en el poder y muchos de esos argentinos y uruguayos con una larga tradición de cineclubes estaban acá, era gente que asistía a la Cinemateca y con su presencia contribuían a darle sacralidad y dignidad”.

Más memorable fue el ciclo de rumberas en el cine mexicano, que reunió en cada una de las

funciones a José Ignacio Cabrujas, Salvador Garmendia y Pedro León Zapata, para que explicarían cada uno la importancia de esas figuras femeninas hipnotizantes en sus vidas y en su labor creativa. Un público diverso y joven, sin la remota idea de lo que era una conga, la rumba y el bamboleo de caderas de Ninón Sevilla al son del mambo, eran los asistentes atónitos a esos encuentros en la sala de la Cinemateca.

“Algo hermoso, precioso. Lo único que me faltó, y que lamentaré toda mi vida, fue invitar a las rumberas de aquí, las muchachas que fueron rumberas profesionales, nunca me perdonaré. Pero se desacralizó la Cinemateca de tanto Bergman, Antonioni y todo eso; se creó un nuevo público que tuvo la oportunidad de percibir un mundo que no conocía, y todo eso en la Cinemateca, algo vivo”.

Un espacio en el que se fraguaron aspiraciones, se decantaron profesiones y se educaron cinematográficamente varias generaciones. David Suárez, uno de los más prolíficos guionistas del cine nacional, y quien fuera programador de la sala de la Cinemateca, se trasladaba de Puerto La Cruz hasta Caracas, en su juventud, para asistir a una función y regresar ese mismo día.

Medio siglo de existencia de la institución es también un período de tiempo de la desapercibida memoria del cine venezolano. Cinco décadas después de la primera proyección en la Cinemateca es más válida que nunca, por el rumbo histórico del cine venezolano y de sus autores a lo largo del tiempo, una reflexión de Benacerraf en torno al resultado de su empeño. Mucho más con un presente difuso en cuanto al rol de la Cinemateca durante las últimas dos décadas.

“La Cinemateca fue una escuela de cine para toda una generación ¡y hay que ver lo que era la programación!, una de las grandes Cinematecas del mundo. Algún día se sabrá”.

JESÚS ABREU MENA

Licenciado en Comunicación Social por la Universidad Católica Andrés Bello. Cursante del Programa de Estudios Avanzados en Periodismo de Investigación de la UCAB.

“Ninguna Cinemateca que se respete en el mundo pasa películas de Johnny Weissmüller de Tarzán, pues yo lo hice: ciclo de cine colonialista, que inventé porque Tarzán es un agente colonial que protegía a unos europeos que iban a robarse el marfil”

